

Fernando Binvignat

Poemas

LA COLINA

El juego de los ángeles la hizo
para la espiga, el nardo y la paloma.
La hierba que ella da tiene el aroma
de las estrellas en el paraíso.

Rueda en su pecho el signo del cobrizo
fruto del cántaro, de alabada poma.
Esmeralda en rocío, es casto idioma,
dosel de luces para Dios preciso.

Si es lagar de batallas la ciudad,
y la montaña es grito de ansiedad,
y el mar es el recuerdo hecho canción,

la colina es en cambio como un nido,
como un nido que es blando corazón
para el sueño, la danza y el olvido.

LA OLA

La ola de otra ola paralela
rueda enhebrando su hialino encaje
y el fugaz azahar de su ramaje
es un eterno juego de acuarela.

Y entre la flor inmarchitable riela
una canción de celestial linaje,
canción de proa en el soñar del viaje,
canción de remos de dorada estela.

Abre la playa su bruñido lecho
de la luciente arena agradecida
como quien a la muerte se abre el pecho,

y huye la ola por la tarde herida
cual la ventisca de un jazmín deshecho,
como el pañuelo de la despedida.

LA SABIDURIA

Acaso toda la sabiduría
de vivir rece en lengua franciscana:
ser un nexo de luz, una liviana,
fácil ensambladura de alegría

que nuestro corazón en lozanía
apegue al sueño de otra voz humana.

El seráfico rol de mi ventana
que hace que para mí ya exista el día.

Yo en el lecho, con ansias y tristeza,
y mi ventana dándome lecciones
objetivas de paz y de belleza:

el cielo que enamora en las colinas,
la madre selva para mis canciones
y un relámpago azul de golondrinas.

EL TRINO

Así como la rosa simboliza,
de su mano nacida, la belleza,
el trino es una flor de sutileza
en la plateada rama de la brisa.

Como el rocío es lágrima imprecisa
que el cielo llora sobre la tristeza,
el trino es una lágrima que besa
la luz que hasta el dolor idealiza.

¡Oh! trino, gota de cristal alado,
acorde celestial que resplandeces
y en tu propio fulgor desamparado.

Para ti el jazminero que suspira
bajo la luna fiel, porque mereces
cuerdas fragantes para hacer tu lira.

LA ALEGRIA

Eso que el viento siente por la rosa
en la mañana del abril más puro,
cuando con fresco anillo la desposa,
sin presente, pasado ni futuro,

debe ser la alegría, la alegría
sin vena de pasión ni sentimiento.
La rosa es rosa como el día es día
y el connubio es fugaz como es el viento.

La alegría es cristal, fulgor, vertiente.
Nada más. Ni recuerda ni presiente.
Esa blanca canción del marinero

que besó a tantas y no amó a ninguna,
porque ama al mar que es otro aventurero
con el pecho tatuado por la luna.

EL HIJO

Antes, cuando en mis brazos se dormía,
o mejor, cuando a besos le cantaba
la compañera el madrigal que amaba,
entonces era el hijo mi alegría.

Una alegría blanca como el día,
como el agua y el pan, que si lloraba
el llanto era canción, y si alababa
la alabanza hecha luz me bendecía.

Y hoy, como al horizonte, así le miro.
Es la mía, por cierto, su estatura,
su mismo aliento es el que yo respiro.

Pero para consuelo de mi suerte
su alegría es mayor que mi amargura
y es mucho más su vida que mi muerte.

AGUA

Agua de pie desnudo sobre las hierbas puras,
sobre las hojas castas de los tréboles tibios,
agua de la palabra penitente y profunda,
de la sombra que llora tendida entre los lirios;

agua de olvido y muerte, de la muerte radiante,
que con el corazón se bebe para siempre,
te he mirado en el último círculo de la tarde
y te he visto morir entre poemas verdes.

Y he visto que su mano—la canción laboriosa—
te palpaba lo mismo que la carne de un niño.
Y era como una llama brotando de tu sombra.
Y tú eras el espejo dulce y agradecido.